

—Lo mejor es decir la verdad clara y desnuda. Esto ofenderá menos á la señora que las invenciones con que usted pretenda engañarla.

—¡La verdad!... ¿está usted loco? Yo no digo la verdad aunque me maten... Corramos... ¿Habrán llegado las otras dos? ¡Jesús divino! ¡Si ellas dicen una mentira distinta de la mía...!

—Por eso lo mejor es decir la verdad.

—Eso ni pensarlo. Mamá nos mataría... A ver qué le parece á usted mi proyecto. Yo entraré llorando, llorando mucho.

—Malo.

—Pues me desmayaré, diciendo que usted es un traidor que quiso robarme.

—Peor. Diga usted que se perdieron, que encontraron á Lord Gray...

—No nombraré al inglés: eso jamás.

—¿Por qué?

—Porque ahora nombrar en casa á Lord Gray y nombrar al demonio, es lo mismo.

—Yo sé la causa: Lord Gray es amado por una de ustedes.

—¡Oh, qué cosas dice usted!—exclamó muy turbada.—Nosotras...

—Usted.

—No; ni mi hermana tampoco.

—Sé que la señora Inesita está loca por él.

—¡Oh! ¡Sí... loca, local... Dios mío, ya llegamos... Estoy medio muerta.

Al entrar en la calle y acercarnos á la casa, alcé la vista, y detrás del vidrio de uno de los miradores, distinguí un bulto siniestro, después dos ojos terribles separados por el curvo filo de una nariz aguileña, después un rayo de in-

dignación que partía de aquellos ojos. Presentación vió también la fatídica imagen y estuvo á punto de desmayarse en mis brazos.

—Mi mamá nos ha visto—dijo,—Sr. de Araceli. Escápese usted, sálvese usted, pues todavía es tiempo.

—Subamos, y diciendo la verdad, nos salvaremos los dos.

XX

En el corredor, Presentación cayó de rodillas ante su madre que al encuentro nos salía, y exclamó con ahogada voz:

—Señora madre, ¡perdón! yo no he hecho nada.

—¿Qué horas son éstas de venir á casa?... ¿Y D. Paco, y las otras dos niñas?...

—Señora madre...—continuó con aturdimiento la muchacha,—íbamos por la muralla... cayó una bomba, que partió en dos pedazos á D. Paco... no, no fué tanto... pero corrimos, nos separamos, nos perdimos; yo me desmayé...

—¿Cómo es eso?—dijo la madre con furor.—¡Si el Sr. de Ostolaza, que acaba de llegar, dice que te vió en la tribuna de las Cortes!

—Eso es... me desmayé... me llevaron á las Cortes... Después mataron á D. Paco.

—Esto debe ser obra de alguna infame maquinación—declaró la Condesa llevándonos á

la sala.—¡Señores... ya no hay nada seguro... no pueden las personas decentes salir á la calle!

En la sala estaban Ostolaza, D. Pedro del Congosto y un joven como de treinta y cuatro años y de buena presencia, á quien yo no conocía. Miróme el primero con penetrante encono, el segundo con altanero desdén y el tercero con curiosidad.

—Señora—dije á la Condesa,—usted se ha exaltado sin razon, interpretando mal un hecho que en sí no tiene malicia alguna.

Y le conté lo ocurrido, disfrazando de un modo discreto los accidentes que pudieran ser desfavorables á las pobres niñas.

—Caballero—me contestó con acrimonia, —dispéñseme usted, pero no puedo darle crédito. Yo me entenderé después con estas inconsideradas y locas niñas; y en tanto, no puedo menos de creer que usted y Lord Gray han urdido un abominable complot para turbar la paz de mi casa. Señores, ¿no hablo con razón? Estamos en una sociedad donde se hallan indefensos y desamparados el honor de las familias y el decoro de las personas mayores. ¡No se puede vivir!... Me quejaré al Gobierno, á la Regencia... ¡pero á qué, si todo esto proviene de las altas regiones, donde no se alberga más que alevosía, desvergüenza, escándalo y despreocupación!

Los tres personajes, que cual tres estatuas exornaban con simétrica colocación el testero de la sala, movieron sus venerables cabezas con ademán afirmativo, y alguno de ellos golpeó con la maciza mano el brazo del sillón.

—Sr. de Araceli, siento decir á usted que ya reconozco la lamentable equivocación en que incurri respecto al carácter de usted.

—Señora, usted puede juzgarme como guste; pero en el suceso de hoy no ha habido la menor malicia por mi parte.

—Yo me vuelvo loca—repuso la señora.—Por todas partes asechanzas, celadas, inicuos planes. No hay defensa posible; son inútiles las precauciones; de nada sirve el aislamiento, de nada sirve el apartarse de ese corruptor bullicio. En nuestro secreto asilo viene á buscarnos la traidora maldad que todo lo invade, y hasta en lo más recóndito penetra.

Los tres personajes dieron nuevas señales de su unánime asentimiento.

—Basta de farsas—dijo Ostolaza.—La señora Doña María no necesita que usted se disculpe ante ella, porque le conoce. ¿Cómo va de Teología?

—Con la poca que sé—repuse,—cualquier sacristán podía pronunciar en las Cortes discursos dignos de ser oídos.

—El señor es de los que van todos los días á alborotar á la tribuna. Es un oficio con el cual viven muchos.

—¡Qué aberración! ¿Y desde tal sitio y desde tales tribunas se piensa gobernar el Reino?

—No quiero hacer aquí apologías de mi conducta—respondí con calma,—ni las injurias de ese hombre me harán olvidar el hábito que viste y el respeto que debo á la casa en que estoy. Aquí está una persona que, si puede haber formado de mi juicio desfavorable

en ciertas cuestiones, conoce muy bien mis antecedentes y mi reputación como hombre honrado. El Sr. D. Pedro del Congosto me oye, y yo apelo á su lealtad, para que Doña María sepa si ha admitido en su casa á una persona indigna.

Oyendo esto D. Pedro, que indolentemente se apoyaba en el respaldo del sillón, irguióse, atusó los largos bigotes, y gravemente habló de esta manera:

—Señora, señorita y caballeros: puesto que este joven apela á mi lealtad, probada en cien ocasiones, declaro que no una, sino muchísimas veces, he oído elogiar su buen comportamiento, su caballerosidad, su valor como militar, con otras distinguidas prendas de paisano que le han creado abundante número de amigos en el ejército y fuera de él.

—¡Pues qué duda tiene!—exclamó Presentación, descuidándose en manifestar sus sentimientos.

—Calla tú, necia—dijo la madre.—Tu cuenta se ajustará después.

—Nunca—continuó el estafermo,—ha llegado á mis oídos noticia alguna de este joven que no le sea favorable. Bien quisto de todos, ha hecho su carrera por el mérito, no por la intriga; por el valor, no por la astucia; y como esto es verdad y yo lo sé, y me consta, y lo afirmo y lo sostengo, y soy hombre que sabe sostener lo que dice, estoy dispuesto á defenderle contra todo agravio que en este terreno se le haga. Señora, señorita y caballeros: como hombre que ama á ese don del cielo, esa in-

maculada virgen de la verdad que es norte de los buenos, he dicho todo lo que puede favorecer á este joven: ahora voy á decir lo que le desfavorece...

Mientras D. Pedro tosía y sacaba el infinito pañuelo encarnado y azul para limpiarse boca y narices, reinó solemne silencio en la sala, y todos me miraban con afanosa curiosidad.

—Es, pues, el caso—continuó el cruzado,—que este joven, si bajo un aspecto es la misma virtud, bajo otro es un monstruo, señores, un monstruo; el mayor enemigo del sosiego doméstico, el corruptor de las familias, el terror de la pudorosa amistad.

Nueva pausa y asombro de todos. Presentación me miraba con la mitad de su alma en cada ojo.

—Sí: ¿qué otro nombre merece quien posee un arte infernal para romper lazos de muy antiguo trabados entre dos personas, y que resistieran durante veinticinco años á las asechanzas del mundo y á la persecución de los más diestros cortejos?... Permítanme los presentes que no nombre personas. Básteles saber que este joven, poniendo en juego sus malas artes amorosas, embaucó y engañó y arrastró tras sí á quien había sido la misma firmeza, el pudor mismo y la mismísima lealtad, dejando burlada la ideal adoración de un hombre que la había sido el dechado de la constancia y de delicadeza. El desairado lloraba en silencio su desgracia, y el victorioso mozalbate goza sin reparo de las incomparables delicias que puede ofrecer aquel tesoro de hermosura. Pero

¡guay! que no es bueno confiar en las delicias de un día; ¡guay! que en la hora menos pensada encontrarán los criminales delante de sí la aterradora imagen del hombre ofendido, que está dispuesto á vengar su afrenta... Con que díganme si el que tal ha hecho, si el que en la difícil conquista de esa humana fortaleza, jamás antes rendida, ha probado su travesura, ¿qué no hará dirigiéndola contra inexpertas jovencuelas? Abrirle las puertas de una casa es abrirlas á la liviandad, á la seducción, á la imprudencia. Esto es lo que sé acerca del señor de Araceli, sin quitar ni poner cosa alguna.

Presentación estaba absorta, y Doña María aterrada.

—Señora, señorita y caballeros—repuse yo, no disimulando la risa.—Al Sr. D. Pedro del Congosto han informado mal respecto al suceso que últimamente ha contado. Ese portentoso de hermosura habrá caído en las redes de otra persona, que no en las mías.

—¡Yo sé lo que me digo—exclamó D. Pedro con atronadora voz,—y basta! Denme licencia para retirarme, que avanza la hora y esta tarde he de embarcarme con la expedición que va al Condado de Niebla á operar contra los franceses. La ociosidad me enfada, y deseo hacer algo en bien de la patria oprimida. No tenemos Gobierno, no tenemos generales; las Cortes entregarán maniatado el Reino al pícaro francés... Sr. de Araceli, ¿va usted al Condado?

—No, señor; guarneceré á Matagorda en todo el mes que viene... Pero yo también me

retiro, porque la señora Doña María no ve con buenos ojos que entre en su casa.

—La verdad, Sr. de Araceli, si hubiese sabido... Aprecio sus buenas prendas de militar y de caballero; pero... Presentación, retírate. ¿No te da vergüenza de oír estas cosas?... Pues, como decía, deseo aclarar el punto obscurísimo del encuentro de usted en la calle con mi hija. Aún creo que hay tribunales en España, ¿no es verdad, Sr. D. Tadeo Calomarde?

Esto lo dijo mirando al joven que antes he mencionado.

—Señora —repuso éste, desplegando para sonreír toda su boca, que era grandísima,—á fe de jurisconsulto diré á usted que aún puede arreglarse. Estoy acostumbrado á presenciar lances muy chuscos en mi carrera, y nada me asusta. ¿Ha habido noviazgo?

—¡Jesús! qué abominación—exclamó con indecible trastorno Doña María.—¡Noviazgo!... Presentación, retírate al instante.

La damisela no obedeció.

—Pues si ha habido noviazgo, y los dos se quieren, y han dado un paseo juntos, y el señor es un buen militar, ¿á qué andar con farándulas y mojigatería? Lo mejor es casarles y en paz.

Doña María, de roja que estaba, volvióse pálida, y cerró los ojos, y respiró con fuerza, y el torbellino de su dignidad se le subió á la cabeza; se mareó y estuvo á punto de caer desmayada.

—No esperaba yo tales irreverencias del señor D. Tadeo Calomarde—dijo con voz en-

trecortada por la ira.—El Sr. D. Tadeo Calomarde no sabe quién soy; el Sr. D. Tadeo Calomarde recuerda los planes casamenteros que servían para hacer fortuna en los tiempos de Godoy. Mi dignidad no me permite seguir este asunto. Ruego al Sr. D. Tadeo Calomarde y al Sr. D. Gabriel Araceli que se sirvan abandonar mi casa.

Calomarde y yo nos levantamos. Presentación me miró, y con toda su alma en los ojos me dijo en mudo lenguaje:

—Lléveme usted consigo.

Cuando nos retirábamos, entraron en la sala Inés y Asunción, conducidas por un fraile.

—Fray Pedro Advíncula, ¿qué es esto?—dijo Doña María.—¿Me explicará usted al fin el singular suceso de la desaparición de las niñas?

—Señora... nada más natural—repuso jovialmente el fraile, que era joven por más señas.—Una bomba... ¡pobre D. Paco! No se ha sabido más de él... ¡Iban por la muralla!... Las dos niñas corrieron, corrieron... pobrecitas... Las recogimos en casa... se las dió agua y vino... ¡qué susto! pobrecillas... A la señora Doña Presentacioncita no se la pudo encontrar...

—La pícara se fué á las Cortes con... ¡Justicia, cielos divinos, justicia!

No oí más porque salí de la casa. Desde aquel momento fui amigo de Calomarde. ¿Hablaré de él algún día? Creo que sí.

XXI

Pasaron días, y San Lorenzo de Puntales me vió ocupado en su defensa durante un mes, en compañía de los valientes canarios de Alburquerque. Allí ni un instante de reposo; allí ni siquiera noticias de Cádiz; allí ni la compañía de Lord Gray, ni cartas de Amaranta, ni mimos de Doña Flora, ni amenazas de D. Pedro del Congosto.

Dentro de Cádiz el sitio era una broma y los gaditanos se reían de las bombas. La alegre ciudad, cuyo aspecto es el de una perpetua sonrisa, miraba desde sus murallas el vuelo de aquellos mosquitos, y aunque picaran, los recibía con coplas donosas, como los bilbaínos de la presente época. Cuando el bombardeo hizo verdaderos estragos, los llantos y lágrimas perdiéronse en el bullicioso rumor de aquel hervidero de chistes. Pero eran contadas las desgracias. Una bomba mató á un inglés, y estuvo á punto de ser víctima de otra, en los mismos brazos de su nodriza, D. Dionisio Alcalá Galiano, hijo de D. Antonio. Fuera de estos casos y otros que no recuerdo, los efectos de la artillería enemiga eran risibles. Un proyectil penetró en cierta iglesia, arrancando las narices á un ángel de madera que sostenía la lámpara; otro destrozó el lecho de un fraile de

San Juan de Dios, que afortunadamente se hallaba fuera en el instante crítico.

Cuando después de ausencia tan larga fué á visitar á Amaranta, la encontré desesperada, porque el aislamiento de Inés en la casa de la calle de la Amargura había tomado el carácter de una esclavitud horrorosa. Cerrada la puerta á los extraños con rigor inquisitorial, era locura aspirar ya á burlar vigilancias, á engañar suspicacias y menos á romper la fatal clausura. La desgraciada Condesa me expresó con estas palabras sus pensamientos:

—Gabriel, no puedo vivir más tiempo en esta triste soledad. La ausencia de lo que más amo en el mundo, y más que su ausencia, la consideración de su desgracia, me causan un dolor inmenso. Estoy decidida á intentar por cualquier medio una entrevista con mi hija, en la cual, revelándole lo que ignora, espero conseguir que ella misma rompa espontáneamente los hierros de su esclavitud, y se decida á vivir, á huir conmigo. No me queda ya más recurso que el de la violencia. Yo esperé que tú me sirvieras en este negocio; pero con la necedad de tus celos no has hecho nada. ¿No sabes cuál es mi proyecto ahora? Confiarme á Lord Gray, revelarle todo, suplicándole que me facilite lo que tanto deseo. Ese inglés tiene una audacia sin límites, en nada repara y será capaz de traerme aquí la casa entera con Doña María dentro, cual una cotorra en su jaula. ¿No le crees tú capaz de eso?

—De eso y de mucho más.

—Pero Lord Gray no parece. Nadie sabe su

paradero. Fué á la expedición del Condado, y aunque se cree que regresó á Cádiz, no se le ve por ninguna parte. Búscamele por Dios, Gabriel; traémele aquí, ó dile de mi parte que me interesa hablar con él de un asunto que es de vida ó muerte para mí.

Efectivamente, nadie sabía el paradero del noble inglés, aunque se suponía que estuviese en Cádiz. Había tomado parte en la expedición que fué al Condado de Niebla con objeto de hostilizar á los franceses por su ala derecha, y que, si menos célebre, no fué menos lastimosa que la de Chiclana, con su célebre batalla del *Cerro de la Cabeza del Puerco*. Acaeció en la jornada del Condado un suceso digno de pasar á la historia, y fué que en ella descalabraron del modo más lamentable á nuestro heroico y por tantos títulos afamado D. Pedro del Congosto, quien en lo más recio de un combate que cerca de San Juan del Puerto trabaron con los nuestros los franceses, metióse denodadamente, llevando en pos á sus cruzados de rojo y amarillo, con lo cual dicen hubo gran risa en el campo francés. Trajéronlo todo molido y quebrantado á Cádiz, donde decía que por haber perdido una herradura su caballo no se ganó la batalla, pues cuando el maldito jaco tropezó, ya empezaban á huir cual bandadas de conejos los batallones franceses; y fija esta idea en su ardorosa mente, no cesaba de repetir: «¡Si no me hubiese faltado la herradura!...»

Lord Gray también fué al Condado, y se contaban de él maravillas; pero á su regreso

desapareció su persona de todos los sitios públicos, y aun hubo quien le creyese muerto. Fuí á su casa y el criado me dijo:

—Milord está vivo y sano, aunque no del juicio. Estuvo encerrado quince días sin querer ver á nadie. Después me mandó que reuniese á todos los mendigos de Cádiz; y cuando lo hice, juntólos en el comedor y allí les obsequió con un banquete como para reyes. Dióles á beber de los mejores vinos; los pobres se refan unos y lloraban otros; pero todos se emborracharon. Luego fué preciso echarles á puntapiés de la casa, y trabajamos tres días para limpiarla, porque dejaron por fanegas las pulgas y otra cosa peor.

—Pero ¿dónde está en este momento Milord?

—Milord debe andar ahora allá por el Carmen.

Dirigíme hacia el Carmen Calzado, cuyo gran pórtico, frontero á la Alameda, admiran los forasteros. No es una obra maestra de los buenos tiempos de nuestra arquitectura la tal fachada; pero los mil accidentes con que lujosamente la adornó la imaginación del artista, le dan cierta belleza que el mar allí cercano parece que fantasea á su antojo. No sé por qué siempre encontré semejanza entre dicho frontispicio y las popas de los grandes navíos antiguos: hasta parece que se mece gallardamente impulsado por el viento y las olas. Los santos que lo adornan semejan faroles gigantes; las hornacinas, troneras, los barandajes, los nichos, las mórbidas roscas de las colum-

nas salomónicas, todo se me antoja como perteneciente al dominio de la vieja arquitectura naval.

Caía la tarde. Entraban mansamente los buenos frailes, como ovejas que vuelven al aprisco; los pobres árboles de la Alameda apenas sombreaban el espacio que media entre el edificio y la muralla, y el sol iluminaba el frontis, dorándolo completamente. En línea recta se extendía la pequeña pared del convento; y en su extremo una puertecilla estrecha que servía de ingreso al claustro, estaba completamente obstruída por un regular gentío que hormigueaba allí en formas oscuras y movedizas, acompañadas de un rumor sordo, ó gruñido chillón, como de plebe menuda que se impacienta. Eran los pobres que esperaban la sopa boba.

En Cádiz no han abundado tanto como en otros lugares los mendigos haraposos y medio desnudos; esos escuadrones de gente llagada, sarnosa é inválida que aun hoy nos sale al encuentro en ciudades de Aragón y Castilla. Pueblo comercial de gran riqueza y cultura, Cádiz carecía de esa lastimosa hez; pero en aquellos tiempos de guerra, muchos pedigüeños que pululaban en los caminos de Andalucía, refugiáronse en la improvisada Corte. Para que nada faltase y fuese Cádiz en tales días compendio de la nacionalidad española, puso allí sus reales hasta la hermandad de *pan y piojos*, que tanto ha figurado en nuestra historia social, y tanto, tantísimo dado que hablar á propios y extrañeros.

Acerquéme á los infelices, y les ví de todas clases: unos mutilados, otros entecos, demacrados y andrajosos los más, y todos chillones, desenfadados, resueltos, como si la mendicidad, más que desgracia, fuese en ellos un oficio, y gozasen, á falta de rentas, del fuero inalienable y sagrado de pedir al resto del humano linaje. Salió el lego con el calderón de bazofia, y allí era de ver cómo se empujaban y revolvían unos contra otros, disputándose la vez, y con qué bríos y con qué altivo lenguaje alargaban el cazuelillo. Repartía el cogulla á diestro y siniestro golpes de cuchara, y ellos se aporreaban para quitarse la ración, y entre manotadas y coces iban logrando la parte correspondiente, para retirarse después á un rincón, donde pacíficamente se lo comían.

Yo les miraba con lástima, cuando divisé en el hueco de una puerta una figura que me hizo quedar perplejo y aturdido. No creyendo á mis ojos, la miré y remiré, sin convencerme de que era realidad lo que ante mí tenfa. El mendigo que así llamaba mi atención (pues mendigo era) vestía con los andrajos más desgarrados, más rotos, más sucios y extravagantes que darse puede. Aquel vestido no era vestido, sino una informe hilacha que se deshacía al compás de los movimientos del individuo. La capa no era capa, sino un mosaico de diversas y descoloridas telas; pero tan mal hilvanadas, que el aire se entraba por las mil puertas, ventanas y rejas, obra de la tosca aguja. Su sombrero no era sombrero, sino un

mueble indefinido, una cosa entre plato y fuelle, entre forro y cojín vacío; y por este estilo las demás prendas de su cuerpo anunciaban el último grado de la miseria y abandono, cual si todas hubiesen sido recogidas entre aquello que la misma mendicidad arroja de sí; materias que se devuelven á la masa general de lo inorgánico, para que de nuevo tomen forma en las revoluciones del universo.

También me causó sorpresa ver el garbo con que el hi... de mala mujer se terciaba la capita, y echaba sobre la ceja el sombrerete, y guiñaba el ojo á los compañeros, y decía donaires al buen lego. Pero ¡ay! lo que más que traje y sombrero me asombró, dejándome lelo delante de tan esclarecido concurso, fué la cara del mendigo; sí, señores, su cara, porque sepan ustedes que era la del mismísimo Lord Gray.

XXII

Creí soñar; le miré mejor, y hasta que no me llamó saludándome, no me atreví á hablarle, temiendo padecer una equivocación.

—No sé, Milord—le dije,—si debo reirme ó enfadarme de ver á un hombre como usted con ese traje y llenando su escudilla en la puerta de un convento.

—El mundo es así—me respondió.—Un día arriba y otro abajo. El hombre debe re-